

El bien que he hecho, cuánto mal ha hecho

(Revista "Desarrollo Agroforestal y Comunidad Campesina"
Salta - Argentina, Año 6 Número 29, Junio-Julio 1997)

Hace pocos meses, las instituciones de desarrollo que trabajamos con las "comunidades" Wichí (matacos) en Morillo, en pleno Chaco salteño, nos reunimos para revisar nuestros pocos logros y muchos fracasos en estos últimos años: nuestro histórico "desencuentro" con la sociedad wichí.

Los Wichí constituyen una de las etnias más importantes del Chaco argentino: cerca de 50.000 personas, probablemente el grupo social y étnico con el índice más alto de NBI del país.

Tradicionalmente su sistema productivo fue el de la caza, la pesca y la recolección de frutos del monte. La llegada del hombre blanco hace un par de siglos significó la depredación del ecosistema, a través de la introducción del ganado y el consecuente sobre pastoreo, el arrebato de sus tierras que pasaron a tener dueños blancos y alambrado, y la explotación de su fuerza de trabajo en los ingenios y en los obrajes madereros.

Desde principios del siglo las iglesias y especialmente los anglicanos buscaron evangelizar y mejorar las condiciones de vida de los Wichí. Para ello los agruparon en misiones y quisieron transformarlos en agricultores: la donación de alimentos (los famosos "bolsones" de comida) fueron el incentivo para que los Wichí "trabajaran". También el Estado quiso hacer obras, donando tractores, haciendo represas, promoviendo huertas.

Luego vendrían las ONG, los proyectos de desarrollo, nosotros...

Acostumbrados a trabajar en otros escenarios con campesinos, pobladores urbano-marginales o en el mundo andino siempre hemos tenido puntos de encuentro entre su racionalidad y la nuestra, entre sus proyectos y los nuestros. En esos contextos, lo "participativo" como diálogo intercultural e interinstitucional va sincretizando deseos, intereses, necesidades.

Ese diálogo no lo hemos logrado aún con el mundo Wichí. Hoy, al revisar nuestros esfuerzos de tantos años, nos damos cuenta que sabemos poco y nada sobre su cosmovisión, su forma de relacionarse entre sí y con el mundo blanco. Peor aún, no sabemos cómo y por dónde empezar metodológicamente hablando.

"Reúnanse con las comunidades wichí, compartan vuestra preocupación con ellos" sería la obvia sugerencia.

¿Reunirse? Pero la reunión como instancia de discusión es una costumbre blanca: los Wichí, a diferencia nuestra, van madurando sus decisiones pausadamente, visitándose entre familias.

¿Comunidad? Hoy sabemos que el concepto de "comunidad wichí" es un invento del blanco. Los Wichí aprendieron el término "comunitario" para relacionarse con nosotros y pedir nuestro apoyo más valorado, los bolsones. En la sociedad wichí, la producción, es decir la caza y la recolección, siempre es individual. Pero esa producción es "convidada" a través de complejos círculos de distribución que marcan las relaciones inter e intrafamiliares. El valor máspreciado, el que otorga poder y prestigio, es este "producir para luego convidar", que a su vez evita la acumulación y hace de la sociedad wichí una sociedad mas igualitaria.

Desde esta perspectiva, los Wichí nos ven a los blancos y a sus instituciones de desarrollo, como egoístas y mezquinos: hemos "producido" (tenemos bienes y dinero) pero somos incapaces de "convidar" sin condiciones.

Asimismo su concepto de propiedad de lo poco que conocemos es radicalmente opuesto al nuestro. Para el Wichí, solo se puede ser dueño de lo que uno hace y genera. Por eso nadie puede ser "dueño" de la tierra, de sus bosques y sus ríos, porque ellos no fueron creados por el hombre. De allí su dificultad en sentirse "dueños" de los cercos, de la bomba de agua, del vivero, etcétera, y de asumir luego su cuidado y mantenimiento: eso pertenece al extensionista, al dirigente o a la institución que los trajo.

Sin embargo lo que más inquieta a los Wichí **no** es su pobreza en términos de bienes materiales, es su relacionamiento con los demás. Su mayor valor es "evitar la intranquilidad" que puede producir todo roce o situación conflictiva. En una sociedad basada en grupos familiares, nuestra exigencia de nombrar un responsable del comedor, o un participante a un curso, puede generar tanta "intranquilidad" que preferirán no hacerlo: ello fue muchas veces interpretado por nosotros como dejadez o indiferencia.

Estos pocos ejemplos nos replantean la validez de nuestra intervención con estos "otros", tan distintos a "nosotros". No se trata solo de reconocer nuestra vergonzosa ignorancia, sino el de cuestionar nuestro derecho a intervenir y moldear a nuestra imagen de acuerdo a nuestros cánones de "desarrollo" a una sociedad que vemos como carente en términos materiales sin entender su fuerza y espiritualidad.

¿A qué mundo los estamos llevando, nosotros que sabemos cuán deteriorado y devaluado es el nuestro? ¿Que les ofrecemos? ¿No debiéramos más bien inspirarnos en sus valores, en su sentido del compartir? Por supuesto que no se trata de preservarlos en su pobreza como objetos vivos de un museo antropológico. Pero tal vez debemos hacer un parate en el camino y volver a pensar nuestras prácticas. Y mientras carezcamos de un lenguaje común, de un lugar de encuentro, si queremos acompañarlos, apoyemos sus reivindicaciones históricas, el derecho a la tierra, a su bosque sin ganado, a sus formas tradicionales de organización.

Lo que hoy llamamos "desarrollo", probablemente la historia lo recuerde como un etnocidio y nos recuerde las palabras del poeta Antonio Porcchia, "el bien que he hecho, cuánto mal ha hecho".